

mente curioso; todo lo pregunta, de todo se quiere dar razon, porque su edad le inspira horror al escepticismo y toda duda lo desalienta. ¿A quién pues, pedireis esta solucion para dársela al niño? ¿A los filósofos? ¿Y habeis encontrado, entre tantos, á dos solamente que estén de acuerdo sobre una misma cosa? ¿Habeis encontrado, siquiera uno solo de ellos que haya estado de acuerdo consigo mismo en todas las épocas de su vida? ¿Y estos son los maestros con que quereis dotar á los niños? Y á mayor abundamiento, decidme, ¿creis que estos pequeñitos encuentren interesantes sus elucubraciones, y muchas veces sus gerigonzas pedantescas? ¿Y creis que serian bastantes los años que pasa en la escuela para satisfacer su curiosidad cuando la vida toda del que le dais por maestro, no obstante sus estudios, su meditacion, no han sido suficientes para recoger mas que una pequeña partícula de la verdad? Para el espíritu límpido del niño es necesaria una doctrina simple, clara, verdadera, accesible en sus fórmulas, aun cuando sea profunda en su objeto; es necesario que se le enseñen cosas que se vean, que se toquen; hechos históricos que pongan la metafísica en accion: es necesario que todo tenga su razon de ser, y que en medio de las injusticias que los rodean, vean que hay una justicia soberana que resolverá, en este mundo, ó en el otro, todas las cosas, pesándolas en la balanza del santuario, dando sobre todo su última palabra.

Lo que no puede hacer la filosofía, lo conseguirá la religion. Desde el pesebre de Belen al derredor del que se levanta una sociedad de tal manera eva, como el mundo jamas la habia

conocido; desde los ángeles que vienen á entonar su *Gloria in excelsis*; desde los pastores que llegan pulsaudo sus zampoñas; desde los reyes que vienen á ofrecer sus presentes; y hasta el taller de Nazaret donde se encuentra al Hijo de Dios convertido en obrero; y hasta el Pretorio y el Calvario donde la naturaleza se horroriza de ver morir al Arbitro de la vida, todo es simple allí, todo sorprendente, todo sobrenatural y divino. El gran Dios y hombre á la vez, el mismo Jesus, prueba con esto, y sin que halla necesidad de otra demostracion, su poder y su divinidad, poniéndose admirablemente al alcance de todos, desde el niño que escucha con emocion sobre las rodillas de su madre la historia del nacimiento del niño Jesus, hasta el sabio de Grecia que se extremece y adivina la muerte de un Dios, observando desde el areópago el eclipse de sol del Viérnes Santo, y hasta los serafines que lo ven llegar despues de su conquista del mundo para sentarse con su humanidad triunfante á la diestra de Dios Padre en el cielo. Este mismo Jesus se define á sí mismo: *Soy la luz del mundo*. El niño pues, el anciano, el sabio como el ignorante, el legislador como el súbdito, todos, todos toman de esta fuente inagotable sus conocimientos los más profundos, sus inspiraciones las más dulces. Allí se unen todas las inteligencias con los lazos más estrechos, porque es la verdad, la única verdad, la verdad infinita: *Ego sum luz mundi: ego sum veritas*. Querer pues establecer las inteligencias fuera de esta unidad, que es la condicion esencial de toda sociedad, es un contradictorio. [Continuará]

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Octubre 22 de 1883.

NUM. 20.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA

de Su Santidad Leon XIII al R. P. Bouix, traductor al francés de los escritos de Santa Teresa de Jesus.

Querido hijo: salud y bendicion apostólica.

Era muy de desear que vuestros compatriotas poseyesen al fin en su lengua los escritos de la gran Teresa, Virgen del Carmelo, en toda la pureza del texto y elegancia del estilo, porque hay en esos escritos una fuerza más vecina del cielo que de la tierra, maravillosamente eficaz para la reforma de la vida, hasta el punto de que pueda decirse con rigurosa verdad que aun son leidos con fruto, no solo por los que se consagran á la direccion de las almas, ó aspiran á una santidad eminente, sino por todo hombre que cuida un poco de cumplir sus deberes y ejercer las virtudes del cristiano, esto es, de la salvacion de su alma.

Vos, pues, querido hijo, que habeis emprendido esta obra y que valerosamente

la habeis terminado con vuestra traduccion de los escritos de Santa Teresa, habeis ofrecido un gran presente á vuestra patria, bien que no sea Francia la única favorecida, sino tambien á los que conozcan vuestro idioma; y encontrándose hoy este por todas partes extendido, la utilidad de este monumento literario levantado por vuestro talento, puede sin duda alcanzar hasta más allá de los límites de Francia.

En cuanto á Nos, aparte del piadoso designio que os ha hecho emprender este trabajo y aparte de la belleza de su estilo, aprobamos altamente en vos la laboriosa y enérgica diligencia con la cual vos mismo afirmáis que habeis procedido para abrigar la certeza de poseer el verdadero texto de los manuscritos. Y si el pasado dejaba algo que desear en este punto, Francia puede al menos en adelante usar y utilizarse de vuestra solicitud y de vuestra fidelidad.

Por lo cual, ardientemente deseamos que gracias á vuestro trabajo, los fieles adelanten en gran número en las vías de salud, instruidos por las enseñanzas y los ejemplos de esta vírgen cuya vida despide un brillo inefable de pureza. Y si no pueden elevarse á este grado sublime de la santidad, patrimonio del menor número, que se esfuerzen sin embargo,

para hacer lo que puedan, ó que tomen al menos de esta santidad algo, para convertirlo en objeto de imitacion.

Mientras tanto, como prenda de los dones celestiales y testimonio de nuestra particular benevolencia, os otorgamos desde el fondo de nuestro corazon, querido hijo, la bendicion apostólica.

LEON XIII, PAPA.

SECCION III.—Variedades.

LA ESCUELA.

(Concluye.—Véanse los núms. 17 18 y 19.)

¿Quiénes sois pues vosotros, librepensadores, para querer cambiar el centro de las inteligencias humanas? ¿Quiénes sois para querer reemplazar á las verdades generales que son las únicas que unen á los espíritus en la sociedad con lo que no es la verdad? ¿Sabéis lo que quiere decir vuestro sistema? Que conocéis muy poco á los hombres y su historia, porque queréis hacerlos vivir en sociedad sin religion; y si á pesar de esto insistís todavía en rehusar á las naciones el conocimiento de una divinidad, de una revelacion, de una predicacion religiosa, de un culto, y de un catecismo que sobre el de los filósofos unan en el mismo símbolo á las individualidades divididas, no solamente no formareis jamás una nacionalidad, sino que aun respecto de los pueblos ya formados, si os obstináis, los destruiréis, porque los herís en el corazon. Sí; la religion sola unirá entre nosotros los espíritus, ó si nó serémos

perdidos; porque, ó el CATECISMO en la escuela, ó la muerte.

Celebrais las conquistas de la libertad; la quereis completa, absoluta; ¡pero qué no sabéis que para que muchas libertades puedan establecerse en una sociedad, es necesario como condicion indispensable la abnegacion, y que se reuencien á sí mismas hasta determinados límites para que todas vengan á concurrir al mismo objeto, lo que no puede obtenerse sino por la práctica de los mismos deberes voluntariamente aceptados? No basta, en efecto, poseer la unidad teórica de las creencias, es necesario además tener la unidad práctica de las actividades; porque la libertad, siendo aun exagerada, no puede dar la unidad de las voluntades para el cumplimiento de los deberes. ¡Qué peligro hay entonces para la libertad cuando se trata de elegir entre un deber austero y la seduccion del placer! ¡Qué imperio se necesita sobre sí mismo! ¡Y qué autoridad es necesario reconocer, en los preceptos de la moral para obedecerla! Y si ella nos falta, ¿qué fuerza nos obligaria á obrar y á reprimir nuestras pasiones? La moral, me respondereis. Pero ya sabemos lo que vale vuestra moral, cuyas fórmulas no se conocen, porque para esto es necesario un código claro, preciso, completo, accesible á todos los hombres y propio para todas las situaciones. ¿Y tenéis este código? Recitadme sus fórmulas. Nunca lo hareis, porque no lo tenéis. Y aun cuando creyeráis que lo poseis, yo digo que no lo tenéis, porque si lo tuvierais, en él encontraríais una sancion formal, capaz de detener el mal en su raíz. Poseis un código con tal sancion? Nó. ¿Y en presencia del inmenso peligro, que corre la uidad

social con vuestro dogma de la libertad absoluta; viendo por otra parte vuestra indigencia, que no os deja ni siquiera un código de moral en la mano; y en presencia de vuestra impotencia para encontrar una sancion que obligue al hombre á hacer el bien y evitar el mal, venis de una manera insensata á querer quitar la enseñanza religiosa á la escuela? ¿Y si tal sistema es absurdo y desastroso aun para los hombres, con todo y eso, así quereis imponerlo á los niños? Qué, no os basta ser la causa, con el pretexto de vuestras reformas sociales, de querer la libertad de todos los errores para dividir los espíritus, sino que tambien quereis, con el pretexto de libertad de conciencia, la libertad de todas las pasiones para dividir todos los corazones! ¡Ah! en tal caso, nosotros siempre protestaremos en nombre de Dios, á quien pertenecen estos niños, cuantas veces vengais á arrancar de sus tiernecitas manos ese código incomparable que les ha dado la religion, porque quereis reemplazárselo con ese feimiento con que lo quereis sustituir. Encontrad una ley más simple, más completa, más justa que los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y entonces tendreis razon para hacer vuestro cambio. Encontrad una autoridad que promulgue vuestro código con un aparato más terrible que el de los truenos y los relámpagos con que fué promulgada la ley del Sinai; encontrad un juez más justo y más esclarecido que el que tiene que presidir el Juicio último; encontrad una sancion más fuerte y poderosa que el cielo, ó el infierno; y cuando hayais encontrado todo eso, entonces comprenderémos que vuestro sistema debe preferirse al de Dios. Pero mientras que no deis con ello, yo os conjuro, á nombre de la

unidad de los corazones y las conciencias, á nombre de la existencia misma de las sociedades, á nombre de la ley de Dios, á nombre del mismo Dios, á respetar estas pequeñas conciencias, bajo la pena, si no lo haceis, de incurrir en los castigos y las venganzas que ésta misma ley reserva á los profanadores, á los sacrílegos, y bajo la pena de ver, tarde ó temprano, perecer nuestra patria; porque, ó el DECALOGO en la escuela, ó la muerte!

La justicia que dà á cada uno lo que le pertenece, es una de las columnas sobre que reposa la vida de la sociedad. ¡Cuántas veces no ha sido violada! ¡Cuántas no se ha desconocido el derecho del debil! Ved pues aquí un gran peligro que amenaza al buen orden, y en consecuencia á la existencia de la sociedad. ¿Qué será de un pueblo donde la fuerza se confunda con la justicia? Sucederá lo que dice la fábula de La Fontaine, que la razon del más fuerte será siempre la mejor. Se tendrá entonces una sociedad como la que puede existir entre lobos y corderos.

Y bien, yo pregunto: ¿dónde está entonces el principio de que en las sociedades humanas domine la fuerza del derecho, contra el derecho de la fuerza? ¿Estarémos condenados á ver siempre que la mayor prosperidad social consista en que los corderos sean devorados por los lobos? ¿Cuántas veces los que no tienen mérito alguno, pero que están protegidos, se ve que son preferidos á los de verdadero mérito por la proteccion? En esto se encuentra un grave mal; porque en tal caso el favor y el nepotismo se apoderarán de los altos puestos, y entonces las sociedades y sus riquezas vendrán á ser una presa sin defensa que

servirá de pasto á los indignos y á los hambrientos: yo pregunto entonces, ¿dónde se encontrará el principio de que la sociedad sea protegida contra estos culpables ambiciosos, y que restituya al mérito los derechos que el favoritismo le ha usurpado?

¿Cuántas veces la pobreza honesta no ha sido insultada por las criminales fortunas? Basta que la suerte haya protegido á alguno en alguna especulación de bolsa; basta haber arruinado á los huérfanos en un proceso injusto, y basta en fin haber robado algunos millones en algún desleal comercio, para tener el derecho de insultar al que ha permanecido voluntariamente pobre. ¿Cómo habria llegado á tanta opulencia si hubiera conocido el verdadero honor? Ved en esto un gran escollo, un gran peligro para la vida social; y si tal desorden se generaliza, esto será para un pueblo el signo evidente de una próxima disolucion. Y yo pregunto entonces, ¿dónde estará el principio que obligue á tal criminal á humillarse, á avergonzarse de sus torcidos manejos? ¿Qué sucederá al ciudadano pobre pero virtuoso, aunque cuente con la confianza pública y el prestigio del honor? Invitad á los apóstoles del libre pensamiento para que respondan; preguntadles qué piensan de estos principios modernos: La fuerza oprime al derecho: La proteccion oprime al mérito: El dinero oprime al honor. ¿Qué responden? Oidlos. Si su fortuna está ya hecha, les oiréis sostener con impudencia esos axiomas del progreso moderno; pero si ni aun esperanza tienen de conseguirla, entonces se contentan con condenarlos, hablando de liquidacion social y de revo-

lucion. ¿Qué diferencia entre tantas manipulaciones reprobadas, con lo que la religion verdadera, amiga de la verdadera civilizacion, predica sobre el derecho sin defensa, sobre el mérito sin proteccion y sobre la honradez sin dinero; nada menos que la paciencia, la resignacion y la esperanza en la vida futura! ¿Cuán consoladora es ella cuando haciendo elevar los ojos y los corazones al cielo les enseña á pedir á Dios, y encontrar en la gracia divina las fuerzas que la naturaleza no puede darles; y cuán terrible es, por el contrario, cuando al orgullo tiránico, á la fortuna insolente, y á la indignidad satisfecha, les presenta la historia de Lázaro y del mal rico, y les responde en su loca altanería con aquellas terribles amenazas con que el segundo fué conminado á la hora de su muerte ante el juicio de Dios! ¿Y cómo la Iglesia podrá hacerse escuchar en sus enseñanzas tan consoladoras, separando al niño de las asambleas religiosas? ¿Cómo enseñará á las generaciones futuras á orar si lo separais de la escuela? ¿No quereis ya pues, ni freno para el orgullo de la fortuna, ni represion para la fuerza, ni consuelo para el pobre y para el oprimido? Pues bien, oidlo libre-pensadores, porque muy alto os lo repetimos: todos los dolores, así como todos los crímenes, quedarán sin compensacion, si vuestros niños no saben orar; porque, ó la ORACION en la escuela, ó la muerte.

No hay sociedad que resista al furor de las pasiones desencadenadas. ¿Y dónde encontrareis una fuerza capaz para contenerlas sino en la religion? ¿Qué mano podrá enfrenarlas no solo en el mundo exterior cuando causan sus explosiones, sino en el interior, esto

es en el corazon, en el momento en que brota la chispa que produce el incendio? *de corde exeunt malae cogitationes, et homicidia et adulteria.* El corazon no conoce otro señor que la conciencia, ni esta otro guia que Dios. El hombre, decís, cuando aun á los veinte años no sabe encorbar su frente ante la autoridad de Dios, ni sabe someter sus inclinaciones á las reglas de la Iglesia, y á la direccion de sus ministros para luchar contra él mismo; para que entonces gastar sus fuerzas sin provecho en combates sin tregua? ¿Para qué preferir las austeridades á los placeres? Y si vuestro interlocutor os replicara entonces, como puede hacerlo, que los honores que solo reportaria desde luego, serían las huellas que el vicio le dejara, así como desprecios y sufrimientos que son el resultado de tal conducta, ¿qué dirias entonces de vuestras doctrinas epicúreas? ¿Y qué responderiais tambien al que os objetara con su debilidad y con la impotencia de su voluntad? Y siendo todo esto así, ¿dónde quereis encontrar pues ese refuerzo tan necesario para asegurar la victoria? ¿Esa gracia de Dios sin la que nada podeis, esa oracion con la que todo se obtiene, esos sacramentos que dan ambas cosas con tanta abundancia, esa fuerza sobrenatural, tanto más grande, cuanto mas enferma está la naturaleza *cum infirmor tunc potens sum*, quién os dará todo esto? Ese principio eminentemente social de la caridad que ordena el perdon de las injurias y el amor de nuestros enemigos, ¿quién podrá predicarlo si no es solamente el ministro de aquel Dios que murió en la cruz por sus verdugos? Y puesto el hombre en estas condiciones, ¿así quereis la escuela sin Dios? ¿Quereis priyar al niño de tales conse-

jos, de tales impulsos, de tales sacramentos y de tan buenos ejemplos? Pues ¿qué no sabeis que cuando Dios no construye la casa, envano trabajarán los albañiles, y que si el señor no guarda y vigila la ciudad, son inútiles los centinelas que guardan sus fortalezas? Sí; porque no hay medio: ó el SACERDOTE en la escuela, ó la muerte.

El vínculo social no tiene enemigo mas terrible que el egoismo. Un pueblo egoista muy pronto dejará de subsistir, porque desde el momento en que aquel pernicioso virus se infiltre en sus venas, caerá en el estado de la barbarie, dividiéndose en tribus como los naturales del Congo, ó Noukahiva. Ningun pueblo puede existir sino á fuerza de las incesantes obligaciones de los individuos que los componen. Es una cadena cuyos anillos la forman los sacrificios que cada uno hace á beneficio de todos. Y siendo la sociedad tan necesaria al hombre, como el sacrificio lo es para la sociedad, resulta de las acertadas combinaciones de una sabia providencia, la necesidad absoluta que el hombre tiene de perfeccionarse sin cesar en la escuela del sacrificio.

El amor y la abnegacion son las formas más puras y más elevadas de tal vínculo social. Ya sé que los libres-pensadores tienen la pretension de fundar su pretendida fraternidad, entre los hombres, eliminando la paternidad de Dios, como si se pudieran concebir hermanos sin tener un Padre comun; mas tal fraternidad, tan sublime como la quieren segun sus teorías, vemos que se pierde entre los sueños de su imaginacion, y en las nubes de sus discursos. El amor que para esto ellos conocen, y del que son capaces, lo digo sin temor de ofender-